

E. MIRET MAGDA LENA

ACABA de terminar en El Escorial la Semana que acostumbraba a celebrarse en Bériz hasta ahora.

Pero el Instituto Fe y Secularidad, que es quien la dirige, ha querido este año ampliar su perspectiva, y ha dedicado la Semana —a la que asistieron tres obispos españoles, Monseñor Osés, Palenzuela y Torija— al tema de la Liberación, la última novedad en el campo católico. Después de la teología de la guerra, propugnada en tiempos de Pio XI, pasamos los católicos a la rebeldía de los conservadores contra nuestra República; de la rebeldía contra los regímenes de izquierda de entonces, pasamos a la actitud totalmente contraria a la guerra ofensiva, en época de Pio XII para desembocar después en una justificación, en ciertos casos límite, de la revolución violenta, incluso de guerrillas, contra los regímenes conservadores. América Latina fue su principal escenario, desde Fidel Castro a "Che" Guevara y Debray, apoyados ambos por seglares y clérigos.

Este activismo violento dentro de los países, pero no entre los países, empezó a dar un resultado muy distinto del apetecido, como se ha visto en América Latina, donde, como reacción, florecen los regímenes dictatoriales y militaristas, y por eso no ha tenido más remedio la teología, ante su falta de acierto, que inventar una nueva postura: la "teología de la liberación", más compleja y más inteligente que aquellas otras, tan ingenuas e ineficaces por simplistas.

No obstante, dentro de este deseo común de liberación individual y social que hoy se difunde por el mundo, todavía hay dos caminos antagónicos: el de la violencia en situaciones extremas, o el de aquellos (como pienso yo) que creemos no haber más camino eficaz que el de la no-violencia activa y pasiva.

Las grandes frases sobre la libertad ya no merecen atención alguna. Las religiones predicaron la libertad individual, y al educarnos hicieron apelación a ella. Pero las pasiones negativas (de autoengaño, violencia, agresividad, egoísmo...) no se vencen con palabras ni simples buenos propósitos, sino —como muy bien señaló Freud— a fuerza de inteligencia, que sepa orientar perspicazmente nuestros mecanismos psicológicos.

Del mismo modo, tampoco se obtiene mucha más libertad real en las sociedades modernas poniendo carteles o haciendo discursos sobre la libertad. Porque ni el hombre ni las sociedades son libres por la simple afirmación de la libertad, sino por la acción de despertar la conciencia humana, y que ella sea la inteligente fuerza motora de la liberación de ataduras negativas que nos impidan ser realmente libres de engaños atractivos, de alicientes esclavizadores, de opresiones con cara de libertad, y de tantos mecanismos que las sociedades modernas y los grupos

de presión (económicos, culturales y sociales) emplean cada vez más hábilmente, como decía de USA el periodista Héctor Borrat en esta Semana.

Mientras la "conciencia humana" no despierte en las personas, seremos ciegos autómatas de fuerzas inconscientes desencadenadas y fomentadas por las sociedades en que vivimos. El "demos" no es actualmente pueblo, sino masa; el "individuo" no es persona, sino "robot". Pero se es hoy "demos" e "individuo" de un modo muy diferente al de otras épocas recientes: se tiene ahora la sensación engañosa de ser libres, de estar en nuestras manos el mundo, cuando lo único que se nos da es el engañoso caramelo que nos adormece y domestica, experimentando la falaz sensación de autosatisfacción.

¿LIBERACION HUMANA?

Por eso, cuando pensamos que el socialismo es la organización social del porvenir para la Humanidad, no debemos hacernos ilusiones sobre su inmediata proximidad, como nos decía por igual el obispo brasileño, que en esta Semana conocimos, y el sacerdote chileno que escuché. Porque si vivimos engañados creyendo que nuestros deseos son ya la realidad, estamos definitivamente perdidos. Y si pensamos que cualquier tipo de sentimiento violento es camino liberador, estamos fomentando lo contrario de lo que pretendemos, como aclaraban un sacerdote argentino y un profesor peruano en este diálogo.

Lo importante es proponerse y laborar por un cambio de la sociedad y de sus móviles y anhelos. Ir creando un clima cooperador, socializador, de apoyo mutuo; labor educativa no sólo en las aulas o en los colegios, sino en todo lugar y circunstancia en que estamos o tengamos a mano: el libro, el periódico, la conferencia, la charla, la familia, el diálogo privado. Todo es ocasión de preparar una sociedad nueva.

Ya sé que muchos querían métodos más expeditivos. Pero, ¿la experiencia social de este siglo y la ciencia social que hoy estudia los mecanismos de transformación social aportan otra cosa?

Lo que es criterio de vida y propósito de actividad no puede ceder nada de su tenaci-

dad, pero sin perder de vista la dificultad de conseguirlo. Porque no tenemos delante de nosotros —si bien miramos— ni pueblos ni personas, sino masas tecnificadas e individuos solitarios y egocéntricos. Y trabajar esta mezcla para crear el socialismo es difícil, aun en países gobernados por socialistas, como el chileno Allende, según decía el representante de ese país.

Estas fueron las reflexiones que me hacía el último día de este encuentro de El Escorial, donde una serie de teólogos y pensadores latinoamericanos se dirigían a un público de más de trescientas personas (sobre todo, monjas y curas), hablándoles de la teología de la liberación.

A bastantes creyentes españoles hubiese parecido, sin embargo, más oportuna una apertura de asistencia mayor. Pero un encuentro manejado por teólogos es difícil que dé otro resultado en un mundo en el que los creyentes ya no queremos aceptar la teología como normativa y orientación de nuestras actividades. Pensamos muchos que no es una ciencia con las características de rigor y seriedad que hoy se le exige a ésta. Es una reflexión "a posteriori" de la vida, que va a remolque de ella y, en el mejor de los casos, a ella se adapta. Es un "oportunismo" que no nos dice —a creyentes y no creyentes— nada. Mejor sería entonces centrarse sólo en la psicología y sociología de la liberación, eso sí que nos ilustraría y ayudaría. Lo otro no nos sirve ya; es una elucubración con demasiado poco fundamento.

Choca, además, a algunos que se haya traído a esta Semana pensadores sólo de América Latina, y se haya procurado evitar la presencia de aquellos españoles que están en la brecha del pensamiento progresivo. Puede recordar esta postura a la que perduró durante años en España con el ecumenismo: se traía a pastores y teólogos extranjeros para airearlos públicamente, pero se evitaba que los autóctonos (que tanto habían padecido de nuestra intolerancia religiosa) pudieran expresarse.

¿Es así —se preguntan algunos— como se construye la liberación humana?...

Lo único que puedo decir es que tuve ocasión de estar con seis de estos pensadores socialistas latinoamericanos —un obispo brasileño, profesores y periodistas de Argentina, Uruguay, Ecuador, Perú y Chile—, y me hicieron una excelente impresión por su realismo, claramente coincidente con muchas de mis anteriores reflexiones sobre la auténtica posibilidad, pero, sin embargo, sería dificultad de liberación social del mundo actual, que todo ser consciente debe pretender sin desmayo.

Para hombres maduros, esta dificultad no debe ser fuente de desánimo, sino acicate para ir adelante.